

viarse, sino para que los espejos les dijeran lo que ya antes les habían dicho los galanes: —¡sois muy bellas!

El comedor oficial era una obra maestra de buen gusto. Y en dos extensas galerías estaba la mesa, de trescientos cubiertos, para uso de los que no somos ministros ni representantes de naciones extranjeras. La mejor sociedad de México asistió á la fiesta: los nombres que más brillan y los nombres que más suenan figurarán en las listas que publiquen las crónicas de salón. Yo no me atrevo á acometer este trabajo de entomologista. Escribir el nombre de una mujer y el color del traje que llevaba, es clavar una mariposa traspasada por un alfiler, en el cartón. ¡No, mariposas, volad libres y gallardas: no he de clavaros impíamente en esta hoja!

De la fiesta de Chapultepec sólo quiero fijar en esta carta su aspecto pintoresco y casi mágico: los árboles, llenos de globos multicolores, parecidos á pájaros de luz que se hubieran posado en cada rama; la música, retozona y bulliciosa, cantando siempre, sin respetar el sueño de los viejos árboles que cabeceaban en el Bosque; los cabellos rubios, vistos á través de una copa de Champagne; los labios rojos humedecidos por el Borgoña..... y en lo espeso del arbolado, los focos eléctricos, como lunas viejas, como lunas que cayeron del cielo y se quedaron enredadas en las hebras de heno! Esto es, Miss Catherine, lo que quiero hacer pasar á vuestros ojos. Y luego, el cuadro del bosque iluminado por la luna, el cielo sin nubes, la atmósfera color de plata virgen, los secretes de las hojas y las maledicencias del agua que se burla de todos en la fuente!

Que cenamos opíparamente, que bailamos mucho, que había mujeres encantadoras y elegantes trajes, eso os dirán por menor otros cronistas. Yo no escribo, Miss Catherine, despierto del «Sueño en una noche de verano.»

EL CRUCIFIJO.

De todos los misterios que forman la teología cristiana, el más desgarrador, el más patético, el que de más poderosa suerte nos conmueve, es, sin género de duda, el misterio sublime del Calvario. Yo siento que mis fuerzas se debilitan y extenuan, que mi ánimo se postra y desfallece, siempre que con esta pluma, indigna por ser mía, quiero enarrar aquel maravilloso cuadro: mi corazón se sobrecoge de mudo asombro, de pavor nunca sentido, de soberano espanto, como si tibias gotas de la divina sangre le cayeran; convierto las pupilas, anubladas por el llanto, á la sublime imagen del Crucificado, evoco aquella cima escarpadísima del Gólgota, herida por los rayos del sol de Palestina y por los rayos más ardientes todavía de la esperanza mesiánica; miro alzarse las tres cruces; allí Dimas, allá el mal ladrón, en medio Jesucristo, pálido con la palidez exangüe de la muerte, chorreando sangre por las heridas rudamente abiertas, coronado de espinas, caliente lágrima brotando de los ojos como el perdón brotaba de sus labios. ¡Ah! ¡Yo lo miro como si hubiera presenciado aquel suplicio, como si el rayo del remordimiento lo hubiera grabado eternamente en mi conciencia, y ante aquel espectáculo pavorosamente sublime exclamo como Jerónimo en su celda: «Ciega mi entendimiento, Señor, si así lo quieres, pero dilata mi entendimiento para que pueda amarte!» Y es que mejor que orgullosa inteligencia, se ha menester respeto amorosísimo para poder hablar de esta agonía: que la torpe y rebelde razón humana nunca será bastante á comprenderla, mientras, soliviado de la dura carga de sus pasiones y enardecido por el amor divino, siento á maravilla todos los dolores, todas las angustias de este Viernes Santo. Por eso en todos los desfallecimientos del espíritu, en todos los cansancios del entendimiento, cuando la ráfaga de la realidad sopla mi frente desvaneciéndome el pol. illo dorado de los sueños; en medio de estas estrecheces, de estas mezquindades, de estas angustias de la vida diaria, sediento de beber la luz clarísima que despiden las creencias religiosas, no voy á hundirme en las revueltas bibliotecas, ni á buscar fe en las disputas escolásticas de los siglos medios, ni á ar-

güir sobre la naturaleza del Verbo con los filósofos antiguos; no; basta poner mi razón en religioso recogimiento, absorberme en la contemplación del Crucifijo, y perdido en el éxtasis de la divina hermosura, dejar que mi pensamiento recorra á su sabor esas esferas en que se cree, se ama, se espera, se contempla, y en que mi espíritu, á manera de la mariposa de Abril, toma allí alas para volver á su patria: lo infinito.

Comprendo que el alma, purificada por las maceraciones y la penitencia, libre de la herrumbre del pecado, quieta con el apacible sosiego de los que esperan firmemente, llegue á enamorarse de la pasión de Cristo, como se enamoró Santa Teresa, como se enamoró San Juan, como se enamoró Francisco de Asís: porque, evidentemente, si Jehová es la fe y el Mesías es la esperanza, Jesús es el amor; amor tan fuerte, que basta llevar una vida pasada en éxtasis y en efusiones inefables; en tal manera, que sin este amor tierna y ardentísimamente sentido, yo no concibo la vida claustral, mientras que, con su ayuda, todos los padecimientos, todos los terrores, de que puebla las celdas nuestra fantasía, huyen y se desvanecen, dejándonos adivinar la calma, no interrumpida jamás, de esa existencia pasada al son del órgano, en el coro, escuchando el clamoreo de las campanas, esas aves gigantescas de las torres; el murmullo de la oración que se alza al cielo, los cánticos religiosos, semejantes á los arrobamientos melodiosos de los querubines y que ruedan por las naves, dilátanse en la bóveda, suben y se pierden en la cúpula, por cuyos cristales de colores se recoge la claridad del día, la ciernen, la suavizan y la esparcen, se filtran las doradas hebras de luz, solas, bajando, como las miradas del Señor, sobre la Iglesia.

Yo me figuro cuando leo las páginas hondamente tristes, pero también hondamente consoladoras de la vida de Rancé, ver á este viril batallador en las porfías reñidas del espíritu; á este mundano que de improviso trueca el afeite y los arreos de la corte por el sayal y las sandalias del cartujo hundido allá en el fondo de su celda, en las altas horas de la noche, cuando todo parece recogerse y las urnas de todos los espíritus se abren, á la escasa luz que esparce pobre mechón de aceite colocado sobre ruinosa mesa de madera, sentado en humilde sillón de cuero, fijar las miradas en el viejo pergamino que le pone en comunicación con algún gran defensor del monaquismo; ya me lo figuro y creo mirar cómo de súbito aquella faz se enrojece, se animan aquellos ojos con fuego inusitado; aquellos dedos estrujan y comprimen las cuentas de larguísimo rosario; busca la boca trémula el pequeño Crucifijo, bésalo, mas el enjambre de tentadores deseos que revolotean en torno del cartujo, esas mundanas fantasmas que van tras él, le siguen y le agujonean; esos recuerdos impuros, todo en aquellarre de visiones que vienen á atormentarlo hasta en el claustro, lejos de huir, se afianza ca la vez más

á su memoria, golpea las paredes del cerebro, con ímpetu más vigoroso aún, le acosa, le cerca, le atenacea, le martiriza, le asesina; ¡ah! y entonces, el cartujo se levanta, abre la herrada puerta de su celda, cálase la capucha, huye á todo correr por los desiertos claustros, mal alumbrados por agonizantes lamparillas que de trecho en trecho cuelgan, no le hiela el frío, no le detiene el viento, corre, corre, creyérase que era un fraile desprendido de los frescos colosales trazados en el claustro. . . . Llega, por fin, al coro; el órgano está mudo, vacíos están los cincelados y altísimos asientos; abajo, la nave de la iglesia cubierta por obscuridad profunda; pero, al frente, el altar alumbrado por la luz de la lámpara, y encima del altar, el Cristo, destacándose el cuerpo de mármorea blanca sobre la cruz de ébano, hermoso con la hermosura pálida del sufrimiento, los brazos abiertos, chorreando sangre por la abierta llaga, los labios separados como si los moviese el soplo de la oración, y las pupilas clavadas con efusión amorosísima en el cielo. El monje hinca sus huesosas rodillas en el mármol, afiánzase á los barrotes de hierro que limitan el coro, ve al Cristo largo rato, reza, golpea con su cabeza el pavimento, se absorbe en mística meditación, y cuando se levanta, ya el enjambre tentador se ha disipado, la gracia ha descendido como rocío celeste sobre su alma, pierde su rostro el rudo fruncimiento, y con tranquilo paso emprende el camino de su celda, mientras las notas duermen en el órgano y el Cristo continúa inmóvil sobre su cruz de ébano.

Con razón aquel Rancé, tan combatido por las tentaciones, presa tantas veces de la fiebre devoradora de los recuerdos mundanos, exclamaba: «Tu pasión, Señor, ha sido mi amparo, mi guía, mi escudo, mi guardián y mi defensa. Tu imagen ¡oh Crucificado! ha sido más poderosa para sostenerme que todas las lucubraciones de los sabios; porque Tú eres amor, y mi alma está sedienta de ternezas; porque Tú eres perdón, y yo he menester, JESUS, que me perdones.» Clavad los ojos en el Crucifijo: ahí está la clave de esa vida monástica que no comprendemos; ahí está el secreto de esas abnegaciones, de esos sacrificios, de esas vidas que corren paralelas con la muerte, de esas muertes que más bien se asemejan á un comienzo de vida; si os maravillan los martirios de los primitivos cristianos, clavad también los ojos en el Cristo, que ahí está el secreto de su valor y de su fuerza. El ha sido el sostén de los mártires, la fe de los apóstoles, la esperanza de los buenos, el amor de las vírgenes, la inspiración de los artistas: Beato Angélico, aquel pintor maravilloso en cuya frente se condensaron las últimas espiritualidades de la Edad Media, iba á besar sus llagas antes de tomar el pincel entre los dedos: Teresa de Jesús le veía desprenderse del madero, atravesar el templo, é ir como prometido esposo á visitarla: clavadas las pupilas en su Sagrado Cuerpo han muerto todos esos san-

tos que componen la Legión de honor de la Iglesia católica; San Pablo le invocaba para que diese fuego á su palabra, y en el sangriento estadio del circo romano, en esa orgía de sangre que salpicó para siempre el rostro de los Césares, entre los gritos de los lictores, las vociferaciones de la muchedumbre, el estruendo de la música, Él también era quien infundía valor á aquellos mártires, que se acercaban con la sonrisa en los labios, cual si vinieran á festín sabrosísimo; Él quien acudía á su socorro, cuando les veía empeñados en la pelea cruenta, humeando la sangre, destrozados los miembros por las fieras, enredando su cuerpo con el de los tigres de Hircania, retorciéndose con dolores infinitos, en el estertor de una agonía epiléptica; Él quien les daba vigor para sufrir la muerte en medio de un pueblo que palmoa, que aulla, que prorrumpe en gritos de júbilo, que hincha su pecho y dilata su nariz para aspirar ese punzante olor de sangre fresca: Él, pobre Nazareno, hijo de los judíos, de los esclavos, de esa raza agobiada por la persecución de los gentiles; hijo de un oscuro, de un pobre, de un humilde carpintero de Judea; visto con menosprecio por el profundo Tácito, ridiculizado por Apuleyo, en sus apólogos, hecho objeto de mofa y de escarnio por los sacerdotes; Él, que á pesar de todos estos grandes paganos, arrancó al dios Pan el caramillo con que llenaba de melodías los bosques, echó por tierra en un momento, pero en un momento supremo, los dioses que inspiraron el arte de Virgilio, que dieron valor á Escipión en las llanuras de Cartago y fuerza á Mario en los campos púnicos; Él, advenedizo de la religión, desconocido rey de la conciencia, que para nada se sirvió de las armas y derrotó ejércitos con sus ideas, que riñó batallas crudelísimas con su palabra, y que, proscrito, perseguido, puesto en un patíbulo afrentoso, vió estrellarse á sus plantas, como una ola de espuma, la carcajada clásica de Luciano.

Cristo, Tú eres el bien, Tú eres la verdad, Tú eres el amor, Tú eres la vida. Mentira que tu religión es la religión de los opresores, porque es la religión de los oprimidos; mentira que con tu sangre se pueda ungir la tiranía; mentira que tus brazos no estén abiertos para los que corren una vida de dolores. Tú eres amor, y el amor es fecundísimo de suyo; por eso vamos en tu seguimiento como van las ovejas tras el pastor que las encamina y las defiende; que tu auxilio todo es hacedero, todo es llano, porque en Tí están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las cosas; nuestro amor á Tí es una sed que nada aplaca, una hambre sin hartura; libértanos del cautiverio de la culpa; pon en olvido nuestras faltas, no desencadenes tus furiosos contra estos menospreciados gusanillos que se han alzado en rebeldía, sectarios que combaten y vilipendian tu doctrina en nombre de no sé qué religión de misericordia, cuando el catolicismo es la verdadera religión del amor y la misericordia; en nom-

bre de la libertad, de la igualdad y la fraternidad humanas, cuando Tú fuiste el más augusto mártir de esta idea en aquella espantosa tragedia que, con miedo del sol y temblor de la tierra en todos sus miembros, se representó en el Gólgota; en nombre de los hambrientos, cuando tu religión es, Señor, la religión de los pobres, de los menesterosos, de los proletarios, de todos aquellos que padecen hambre.

Los venideros no creerán—decía el marqués de Valdegamas— que se ha levantado un día en el horizonte del mundo en que esta religión divina, toda de misericordia y de amor, ha sido entregada á la execración de las gentes por bárbaras y hambrientas muchedumbres, necesitadas de amor y de misericordia. Los venideros no creerán en los insensatos furores de aquellos que, siendo pobres, se han levantado en tumulto contra la única religión que tiene entrañas para los menesterosos, que estando desheredados han puesto su boca, sus manos y sus pies en la religión santa que les ofrece un reino por herencia; que no teniendo padre, se han aliado en rebeldía contra su único padre que está en los cielos y les dice:

«No podéis subir hasta donde está mi gloria. Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor de los prodigios por vosotros, y tendré toda mi gloria donde vosotros estéis. ¿No tenéis conciencia para conocerme? Creed en Mí, y tendréis más ciencia que los que más me conocen. ¿No tenéis ni ingenio ni letras para convertir á Mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las almas se conviertan á Mí, y Yo os daré las palmas de la predicación y del apostolado. ¿No tenéis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa; pedidme á Mí que los sedientos beban y los hambrientos coman, y el pan que aplaque su hambre y el agua que temple su sed, os serán imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de tolerancias y de días, y os faltan fuerzas para las buenas obras? Desead obrarlas, y tened por cierto que ya las habéis obrado. Envidiáis á los que tuvieron la gran dicha de padecer por Mí el martirio? Desead padecerlo, y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires. ¿No podéis ser misericordiosos? Sed pacientes, y tened por cierto que seréis tan grandes ante Mí por vuestra paciencia, como los otros por su misericordia. ¿No podéis levantar á Mí vuestras manos, cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si hubiérais levantado á Mí juntamente la voz y las manos.

«¿Sois mudos? No importa, levantad vuestro espíritu á Mí, que yo oigo la voz de los espíritus. ¿No sabéis qué cosa pedirme? No importa, porque Yo sé lo que os conviene. ¿No sabéis por ventura amar? Pues si sabéis amar, lo sabéis todo, porque me sabéis á Mí, y lo tenéis todo porque me tenéis á Mí, que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordáis cuando anduve por el mundo? Hubo entonces una mujer adúltera, que era ludibrio de las gen-

tes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados; no entendía cosa de plegarias ni de oraciones; pero Yo la miré y se enamoró de Mí; y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas, y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino ella sola; nada me pedía sino á Mí; y con esto solo, su corazón contrito y humillado se revistió de resplandeciente y más angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y de mis serafines, porque me enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel famosísimo ladrón, en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable ni menos menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu lo puse en mis manos, como yo puse el mío en las manos de mi Padre, y así como mi Padre lo recibió, yo le recibí. El océano de su amor había pasado por la cumbre de mis culpas.

«Yo soy Aquel que antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores; que antes de llamar á Mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy Aquel que andando por el mundo dí salud á los dolientes, lumbre á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy Aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy Aquel que puesto entre los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, entre los arrogantes y los sabios, llamé con tierna voz á unos pobres ignorantes y humildes pescadores, y me hice todo suyo, y les lavé los pies, y les dí mi Cuerpo por manjar y mi Sangre por bebida: que tanta fué mi querencia.

«Nada amé tanto como la pobreza y vuestro amor después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. A uno de vosotros que á ningún príncipe del mundo, dí la gobernación de mi iglesia sacratísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba. No le examiné de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento, un pesebre mi cuna; pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado; comí el pan de la caridad; no tuve un día de reposo; llenáronme de vituperios y afrentas; mis profetas me llamaron *varón de dolores*; escogí por trono una cruz, descansé en un sepulcro ajeno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á Mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo la cruz, para recibiros á todos entre ambos brazos tendidos.»

DOLOROSA.

¿En qué linfa serena, en qué onda transparente empaparé, Señora, el pensamiento mío, para que pueda comprender tus excelencias? ¿Cómo domar la incurable torpeza de esta palabra, flaca y miserable, que se arrastra como escamosa sierpe por la tierra, sin tener alas para alzar el vuelo? ¡Ay! bien lo sabes: soy menesteroso y pobre; nada puedo por mí; vivo penosa vida de congojas, y los huracanados vientos del espíritu han desquiciado mi inteligencia, que solo debió ser bruñido espejo que reflejara tu celeste imagen. ¿En qué lengua, Señora, y con qué voces podré hablarte, si no hay en mí cosa ninguna virgen de pecado, y he abierto mi alma á todas las pasiones? Fuérame dado remontar el curso de los años, volver á la apacible edad de la inocencia, y entonces, desatando mi entusiasmo, mi lengua cantaríá tus alabanzas.

Mas encuéntrome ahora como el niño descarriado que sale al clarear el alba de la quieta heredad donde duermen sus padres, y discurriendo desatinadamente por los campos, correteando tras la gallarda mariposa que se aleja y se aleja como el ideal; inquiriendo la breñosa espesura de los bosques para coger los nidos de las aves, y abrevando su ardiente sed con la agua del arroyo, tomada con la palma de la mano, no advierte el raudo vuelo de las horas, no medita en las amantes inquietudes de sus padres, y cuando el hambre le hace cobrar de nuevo la memoria, y quiere volver á la heredad, piensa que está muy lejos de la casa, en lo más intrincado de la selva, donde no se percibe otro ruido que no sea el del agua corriendo blandamente y el del aire que agita las nerviosas ramas; y recorre el boscoso laberinto, y busca la salida, y no la encuentra; y cada vez el sol despidе de su carcax más vivos rayos; y cada vez el bosque angosta más sus fúnebres callejas; ya los piés desangrados brotan sangre, y los hinchados ojos brotan lágrimas; ya el pequeñuelo cuerpo no resiste la fatiga, y á cada paso que el rapaz avanza, aguijoneado por el miedo, piérdese más en vez de hallar camino; el sol le abruma, las espinas destrozan su calzado, las erizas ramas de los árboles desgarran su vestido en mil pedazos: camina el sol, las auras

de la tarde refrescan la atmósfera y comienza á caer menuda lluvia; el niño corre, corre: y declina la tarde, las aves vuelven piando á sus nidos que están ocultos en la fronda; cada pino guarda un coro de pájaros cantores que se despiden de la luz, traspasan poco á poco el ópalo del cielo las agujas doradas de las estrellas; la sombra comienza á subir como una marea oscura por la vertiente de los montes, y el niño, despavorido, sin aliento, sigue su correría vertiginosa, apenas se detiene para tomar resuello, sigue, sigue; el viento sopla, las encinas tienen solemnes diálogos entre sí; los sauces sacuden sus cabelleras trágicas; vanse apagando todos los rumores, cierra la noche cada vez más densa, se horadan más y ahondan las quiebras y aberturas del camino, todos los seres mudos y eternamente encadenados que avara guarda la Naturaleza, el tronco descuajado, el pino enhiesto, la oquedad rugosa de la encina, y la peña gigante de granito, se animan con la monstruosa vida de la sombra; cruje la rama, chasca la hojarasca, el árbol tiende brazos musculosos, y aguarda el peñón inmóvil, como atleta fatigado; el niño oye esas voces solemnes de las cosas, esquiva el brazo de los cedros, sortea los abismos, huye, corre, á cada paso cree mirar, brillando como carbunclos en lo negruzco de las hojas, las pupilas sanguinolentas de los lobos; trotan, galopan en su memoria los horribles cuentos que su vieja nodriza le narraba, y ya sin fuerzas para seguir su caminata, ni para estremecer el aire con sus gritos, ni para derramar mares de llanto, cae por fin desfallecido, como un cuerpo muerto, mientras el viento se retuerce entre los cedros y las nubes escalan el espacio.

Yo también, como el niño descarriado, seguí sendas torcidas y me perdí en la soledad del bosque: yo también, como aquel, sentí fatiga, miedo, vi caer la noche, cerrarse el manto de la sombra y aparecer las fieras alimañas, que medran á favor de las tinieblas; yo también, desmayado, caí en tierra, con el cuerpo inerme, difunta ya la voluntad, y no fuí, cual debiera, pasto de los lobos, porque Tú me amparaste, ¡oh gran Señora! Ha pasado la noche; un leñador piadoso que se apiada del abandono en que fallezco, parte conmigo el pan de la mañana, enjuga mis lágrimas, ata con dura venda mis pies que sangran todavía, me echa sobre sus hombros y me lleva á la quieta heredad donde mis padres llorarán seguramente.

El cielo está más puro y transparente; los endriagos y seres demoniacos que trazaban su rombo tétrico en la noche, no mueven ya las alas de murciélago.

Dios ha visto la tierra, y su mirada, que es luz y calor, pinta de azul el infinito espacio, de blanco las nubes, y de color de rosa los espíritus; el agua tartamudea como una niña en su cuna, y se alza de los trigales y las sementeras el rumor confortante de la vida: ya vamos llegando á la heredad; allí está el pueblo con su parroquia

parda coronada por un ángel de bronce que, extendidas las alas, fija la planta inmóvil en el campanario: allá está el camposanto, con sus tapias verdosa y agrietadas: los muertos cuyas almas no han subido aún al cielo y penan bajo la cruz de toscó palo, cuentan su tristeza al ciprés para que éste la cuente á las aves, las aves á la luz, la luz al cielo: ya alcanzo á columbrar los muros de mi casa, ya escucho el cacareo de las gallinas y el relinchar de los caballos en el patio; miro el polvo dorado que circunda como auréola celestial el círculo negruzco de la era; distingo el viejo fresno que sombrea la puerta, y miro abajo el banco de piedra donde mi padre reposa blandamente por las tardes, y cuenta las cabezas del ganado; pero ¡ay! que también ahora siento miedo, y se acongoja mi corazón y se enturbian mis ojos: veo el rostro huraño de mi padre, á quien causé dolor tan grande con mi ausencia; escucho las palabras duras y agrias con que habrá de reconvenirme y reprenderme; temo su ira, y llena mi alma de mortal espanto, espío por la ventana, penetro de puntillas á la casa, enderezo mis pasos á la habitación donde mi madre llora, me arrojo sollozando á sus brazos, oculto el rostro entre los pliegues de su traje, y lloro allí, hasta que el sueño, el hambre y la fatiga cierran mis párpados y dan fin á mis congojas.

Heme aquí que regreso, ¡oh Santa Madre! ¡seca tu llanto, abre tus brazos y perdona!

Cuando la carraca voltea graznando en la torre del templo, y el sol de Viernes Santo caldea la arena enardecida, entro en la iglesia llena de frescura y calma, aspiro el sosiego inmenso de las naves, y buscando consuelo á mis tristezas, fijo la mirada, no en el altar que resplandece como el antiguo tabernáculo judío, con los enormes candelabros de oro, donde la luz se quiebra traspasando las nubes del incienso, sino en la capilla humilde y perfumada, en el severo altar, tendido todo de luctuosos paños, donde se alza la imagen de María. Hasta la luz parece respetar los supremos dolores de la Madre, y deteniéndose en la cornisa de la bóveda, lanza apenas un tímido fulgor que llega tenuemente hasta la imagen, culebrea por los pliegues de la túnica, é ilumina las lágrimas augustas que en silencio discurren por su rostro. Jamás la antigüedad pudo crear figura tan doliente y tan hermosa: los antiguos, que no veían más que por los ojos de la carne, crearon esa Venus hermosísima, rodeada de pichones y palomas, que pasca en su carroza de marfil por las ondas azules del espacio, ó visita en su concha de lustroso nacar el seno turbulento de las aguas. Pero Venus era, en verdad, la suprema hermosura que sonríe, la belleza que encanta, la mujer en la asombrosa plenitud de sus encantos físicos. En torno suyo se con-

gregaban sacerdotizas halagüeñas, que iban al templo llevadas por sus esclavos en literas, cubiertas de brazaletes y de joyas, circuidas de perfumadores, cuya altiva estatura revelaba un origen extranjero, salpicados los rizos de oro en polvo, que hacía resaltar más sus ojos negros, y reuniendo en su rostro soberanamente las facciones marmóreas de la mujer germana y el fuego divino de las orientales. La imagen más casta que pudo crear la antigüedad es la imagen de Diana, escondiendo en los bosques su hermosura. Venus es la pasión, y Diana el sueño. Antes del Cristianismo eran las vírgenes como el viviente símbolo de la prolífica naturaleza: nada más: lo mismo Nari, que es la virgen india; Isis, la egipcia; Astaroth, la hebraica; Astarté, la siria; Afrodita-Anadyómene, la griega; Vesta, la romana; Luonnoter, que es la virgen de Finlandia; Herta, adorada por los escandinavos y germanos; Dea, la diosa de los galos; Ina, la virgen madre de Oceanía; y la blanda Iza, virgen japonesa. Todas, con formas varias y diversos nombres, son la madre universal, la matriz de oro, el germen de las cosas, la brillante y eterna imagen de la Naturaleza.

Esas eran las vírgenes y diosas de los abastecidos y felices: la escultura de aquellos tiempos no sabía expresar la angustia, ni la tristeza, ni el abatimiento, ni el dolor. Los ojos de las estatuas son eternamente ciegos: no tienen luz, vista, ni lágrimas. La elocuencia de Venus reside toda en sus labios y habla por los abiertos poros de su cutis. El cuerpo escultural se baña en la dorada luz de los espacios: adentro no resplandece el resplandor interno de las almas. Es un vaso precioso que no encierra esencia alguna, un mar sereno que no guarda perlas, un cielo azul sin astros, un cuerpo blanco sin espíritu. Venus no es madre; crea por una fatalidad de su organismo: como la luz, alumbrá; como el sol, calienta; como el gual, corre; como la nube, se deshace en lluvia; pero esa maternidad que comunica al hijo, no nada más la sangre de sus venas, sino la savia de su vida y el alma de su alma, no le era conocida, ni aun siquiera sospechada. Los poetas no pusieron jamás en boca de la diosa una sola palabra de ternura: era quieta, impasible, imperturbable, como la gran Naturaleza muda. El dolor no tenía entonces una madre, y los desheredados eran huérfanos. Las diosas, como los honores, como la riqueza, como los placeres, pertenecían á los abastecidos. El pobre de aquellos tiempos estaba solo en la tierra, solo en el sepulcro, solo en el cielo. Los dioses, no conociendo el dolor, tampoco conocían la caridad.

Yo me figuro á los desheredados de aquel tiempo en la forma de esa fuente de la Samaritana, que está en las catacumbas de Roma. Abajo de una escalera regular, tallada en roca dura, hay una fuente límpida, incrustada como un diamante sin facetas, en un cerco de piedra blanca y fría. Esta agua, cuya sosegada superficie no rugó

jamás el aire, es de tal modo transparente y quieta, que parece mejor trozo compacto de cristal de roca. Diríase que está soñando con el cielo. ¡Oh triste y dulce ninfa, asentada á las puertas del Erebo! Regaste con tus lágrimas amigos despojos; mas tu llanto se extendió poco á poco en la urna pétrea y hoy parece solo una ancha gota del Letheo! Ser viviente alguno se mueve en esas ondas; el día no se mira jamás en ese espejo; nunca calienta el sol aquellas aguas con sus rayos amorosos, ni la hierba se inclina sobre su imperturbable superficie; ni una flor la corona, ni una estrella le envía sus titilantes resplandores. Los gusanos dolientes que buscan esa capa de cristal para abreviar su sed, marchan á ciegas sin que rumor alguno les indique su camino; se abrazan en la sombra sin reconocerse, porque la fuente no refleja nunca ni la menor partícula de luz, y siendo inmortal, tiene también la espantosa quietud de los cadáveres.

Así, así era la humanidad en la época gentilica. Aquella ánfora delicada no guardaba esencia alguna; aquellos ojos no veían; aquel cuerpo de Venus no encerraba el alma. Medid la distancia enorme que separa á Venus de María; pues bien, esa distancia es la que media entre la religión pagana y la doctrina predicada por Jesús. No; el gentilismo no puede crear ese admirable tipo de mujer á quien rendimos nuestra devota reverencia; el gentilismo no comprendía más que la belleza grosera que hiere directamente los sentidos, no esa hermosura augusta del espíritu, que es como la transparencia de una luz en la pared delgada del jarrón chinesco. La materia no tiene aquí su apoteosis; el alma, el alma solo, esparce su perfume delicado y derrama su luz esplendorosa: Considerad, si lo quereis, la condición humana de María. Es pobre, para que todos los agobiados y menesterosos miren en ella á la doliente Madre; es Virgen, para que puedan impetrar su amparo las doncellas más castas y sencillas; es Madre, para oír las plegarias de los que piden arrodillados por sus hijos; sufre mucho, para que puedan los humanos que padecen contarle confiadamente sus congojas y pedirle el consuelo sacrosanto que solo saben dar los que han sufrido y han llorado. Esta exaltación del dolor, es una idea cristiana que apenas pudo columbrar el mundo antiguo. Para éste, los dioses debían ser seres perfectos, no sujetos á las miserias de la carne ni á los suplicios de la vida; por eso los pintaba en el pleno equilibrio de sus facultades, y en el completo desarrollo de sus formas, conformes en todo al ideal de hermosura física y bienandanza material que concebían. Su epidermis es blanca y sonrosada; su cuerpo armonioso; la salud colorea su rostro con graciosos tintes; el uno puede soportar en sus fornidos hombros todo el peso de la tierra; el otro puede discurrir un día entero por los campos, sin cansancio ni fatiga; ésta, es cifra y compendio de la belleza plástica; aquella posee

los secretos todos de la ciencia; ninguna diosa, empero, es madre, en el sentido moral de esta palabra.

Por manera que, de la santa doctrina de Jesús, que destruía y que echaba por tierra aquellos vanos ídolos, surge una civilización distinta y separada, en la que ya la mujer tiene otro empleo. Se inicia la predicación del Cristianismo, y al momento levántanse y agrúpanse las mujeres como si formaran un solo pueblo; toman parte en la vida de Jesús, le siguen y le acompañan en sus viajes, oyen sus palabras, y suben luego con el Hombre Dios hasta la dura cima del Calvario. Muerto Jesús, se adhieren á sus discípulos y apóstoles; forman cuerpo en la asamblea, profetizan, bautizan,¹ propagan con entusiasmo el Evangelio. San Pablo recomienda á Timoteo con encarecimiento á las mujeres que le ayudaron en la santa empresa. La Iglesia honra y ampara á algunas cuyo nombre era desconocido antes del Cristianismo; las viudas propiamente tales.² ¿Quién es la hermosa joven que ínterin defendían los Tertulianos el pretorio y los Sinforianos en el circo la santa causa de Jesús, va y toma asiento junto de ellos en la cárcel obscura de los mártires? Esa mujer no pertenece ya á la misma estirpe ni á la misma raza que esa sensual y muelle esclava de Asia, ó aquella cortesana impúdica de Grecia. Va á las fieras con guirnaldas y rosas y risas de contento, como iban las romanas al festín. Aquellos seres que la antigüedad declaró inhábiles para atestiguar un testamento, son testigos aquí, no de obra humana, sino de la obra santa de Jesús. Perpetua y Felicitas³ son condenadas sanguinariamente á luchar con un toro indómito y furioso: una de ellas acaba de dar á luz al hijo de su vida, y la otra está criando aún; mas nada importa; desnudas y envueltas en una red, las llevan á la arena; la muchedumbre aulla en las vistosas graderías, y el sol reverbera en el palenque, regado de azafrán, de minio y polvo de oro; las fieras rugen de hambre y de coraje, en competencia con los brutales asistentes que quieren olfatear la sangre fresca y ver los miembros despedazados de los mártires; sin embargo, aquella tumultuosa multitud no ha perdido tan por completo el corazón y se estremece á la vista de aquellas madres jóvenes de cuyo seno fluían aún gotas de leche; y conmovido exige á gritos que les devuelvan sus vestidos; transládanlas por ende, á la barrera, y momentos después, Perpetua entra de nuevo, ya cubierta por una túnica flotante que azuza á la bestia: empieza, pues, la pugna dolorosa, embiste el toro y revuelca á Perpetua ensangrentada; que poseída de valor supremo, se levanta, no para huir ni para defenderse, sino para poner arreglo en su vestido desgarrado y para anudar sus ya deshechas trenzas; y en tal arreo, porque sentaba mal que

1 Epístola de San Pablo. *Passim*.

2 San Pablo. Epístola á Timoteo, capítulo 6.

3 Actas de los mártires. Ruinart.

el mártir en su día de triunfo tuviera cubierto el rostro como en día de luto,⁴ toma á su compañera de la mano, y abrazadas, esperan ambas la acometida de la fiera, que no tarda en acometerlas y acabarlas; ¡ejemplo edificante que demuestra cuánto se equivocaba San Jerónimo al asegurar que «las mujeres igualaron á los hombres en el tiempo de los mártires;» cosa falsa, porque lo fueron, y con mucho, superiores, puesto que, sujetas como nosotros todos á las miserias y flaquezas de la carne, sufrían todavía más por la insolencia con que atentaban los verdugos á sus cualidades morales, á su pudor precioso y soberano; por manera que muchas ocasiones el procónsul, buscando suplicios raros y desconocidos, conmutaba la pena de muerte que caía sobre una virgen, por la de ser expuesta desvestida en una plaza pública, juntamente con las ramerías; y un implacable juez, viendo que los suplicios más horribles no bastaban á arrancar una queja del cuerpo magullado de la virgen, enviaba á traer un soldado ebrio para entregársela, y decía: «puesto que tienes alma solamente, habré de martirizarla á mi sabor; á falta de flaquezas, quedante virtudes:» crimen espantoso que hace temblar de horror hasta las piedras, más compasivas que el corazón de los perseguidores.

No hay cuadro más sublime y admirable que el que ofrece esa cohorte de mujeres cristianas, en parangón con las matronas corrompidas: hubo una cortesana que se hacía llevar en lujosísima litera, cuyo precio pudo apenas pagar una generación, y Paula atravesó la Palestina en un asno;⁵ una patricia consagraba á Venus quinientos esclavos para el culto de la prostitución⁶ y una virgen, Melania, mantiene á cinco mil propagadores de la fe;⁷ las descendientes de Popea van seguidas por recuas de borricas,⁸ cuando viajan para bañarse en su espumosa leche, y la nieta de Fabio, Fabiola, se presenta en Roma llevando pobres á cuevas, cubiertos de lepra y extenuados por el hambre, para acogerlos en el hospital que había fundado. Melania se disfraza de esclava para llevar víveres á los cristianos prisioneros; Paula vende todo para darlo á los pobres, y pide prestado para poder prestar: «Ten cuidado, le escribe San Jerónimo—Jesucristo ha dicho que la que tenga dos vestidos dé uno ¡y tú das tres!»—¿Qué importa—responde ella—que me vea reducida á mendigar, ó que pida prestado? Mi familia, sin duda, pagará mi crédito y me dará un pedazo de pan; mas si rechazo al pobre y muere de hambre, ¿quién será responsable de su muerte? ¡Finalmente, María la egipcia, María la cortesana, tuvo un arrepentimiento tal,

4 Actas de los mártires. Ruinart.

5 San Jerónimo.—Vida de Saula.

6 Strabón, t. 8o, Fleury, Historia Eclesiástica, Lib. I.

7 Fleury, Hist. Ecless.

8 Plinio, lib. II, 41.

que desgarró su traje y fué corriendo á sepultarse en el desierto, y durante treinta años vivió sola, y desnuda, y alimentándose con hierbas que pastaba en vez de cogerlas; paseando bajo un sol ardiente su cuerpo ennegrecido, y sus largos y canos cabellos que la cubrían como mortaja.⁹

¿Quién alentaba á esas mujeres en las penalidades, y en el martirio y en la muerte? El amor á Jesús y el amor á esa Madre sacratísima, que fué casta como el albor de la mañana, y que miró morir á su divino Hijo en el patíbulo afrentoso de la Cruz. El sufrimiento las acercaba, como una ala inmensa, á esa Mujer exaltada sobre todas las demás; y en el paroxismo de sus dolores la veían, no rodeada de ángeles en la bienaventuranza, sino en la cumbre arisca de ese monte Gólgota, herido por el sol de Mediodía; al pie de la desnuda Cruz donde espiraba el Mártir; contemplando sus ojos extraviados por el dolor; el cuerpo donde se podían contar todos los huesos; las llagas, duramente abiertas que brotaban sangre; las manos y los pies taladrados por los clavos, las hebras de la rubia cabellera pegadas por los coágulos de sangre á las divinas sienes; la boca que se abría, no para demandar misericordia ni para proferir queja ninguna, sino para hacer al Padre, que está en los cielos, una súplica por esos desapiadados martirizadores; para perdonar á los verdugos, para encomendarle á ella, que sufría como jamás mujer alguna habrá sufrido, el amparo de esta doliente humanidad, que aun era huérfana, y desde aquel momento tuvo madre.

¡Ay, es verdad, oh Santa Madre! Todos te hemos ofendido, todos pusimos en tí manos sacrílegas; tu corazón fué traspasado muchas veces, y los puñales fueron esgrimidos por nosotros; pero el caudal de tu misericordia no se agota, y corre juntamente con tus lágrimas; tú sabes perdonar y á tí acudimos, acongojado el corazón, y sin fuerzas ya para seguir luchando; abre tus brazos para recibirnos; caiga sobre nosotros una gota siquiera de tu llanto, que ésta será bastante á redimirnos, y escuchemos de nuevo aquella voz suprema que decía entre los desfallecimientos de la muerte: ¡Madre, he ahí á tu hijo: hijo, he ahí á tu Madre!

⁹ Legouvé.—«Historia Moral de las Mujeres.»

Notas de Viaje